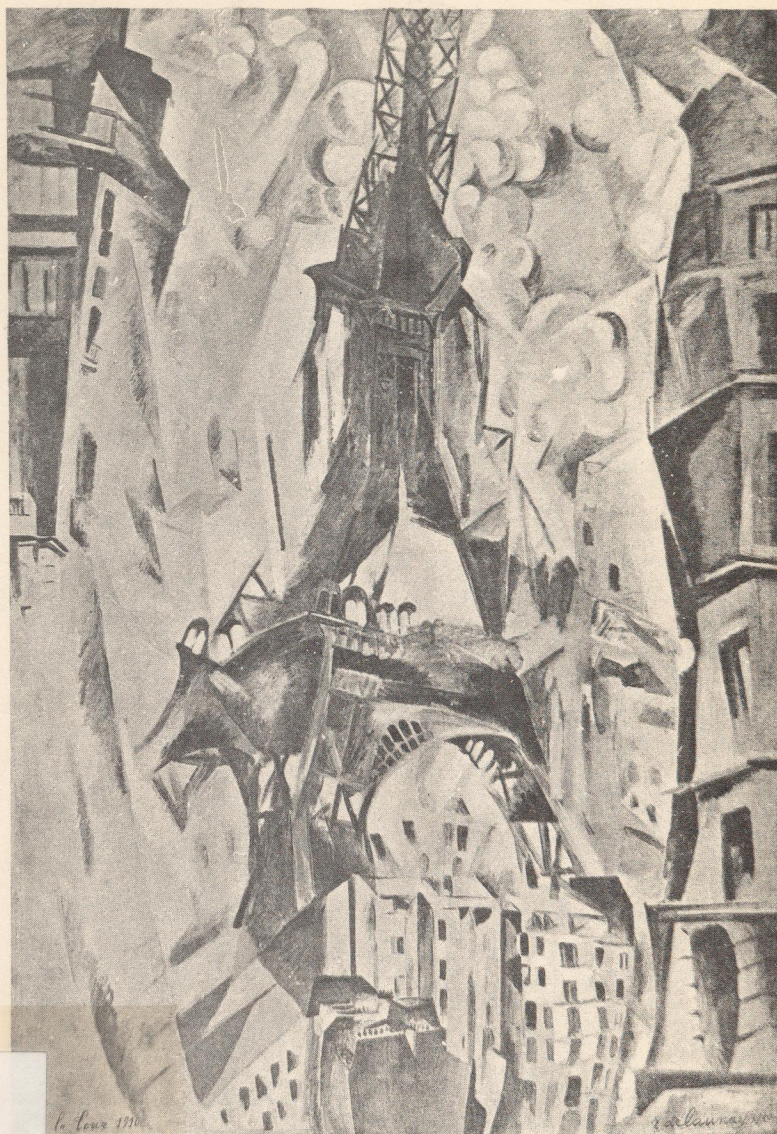


CUADROS DE UNA EXPOSICION



JOSE CABALLERO MILLARES

IG
60-1
AB
ua

Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.

MIGUEL HERNANDEZ

No queremos que el mundo sea tan
grande ni el mar tan hondo. Hay
necesidad de limitar, de domesticar
los términos inmensos.

FEDERICO GARCIA LORCA

Poeta,
ni de tu corazón,
ni de tu pensamiento,
ni del horno divino de Vulcano
han salido tus alas.

Entre todos los hombres las labraron
y entre todos los hombres en los huesos
de tus costillas las hincaron.
La mano más humilde
te ha clavado
un ensueño..
una pluma de amor en el costado.

LEON FELIPE

CUADROS DE UNA EXPOSICION

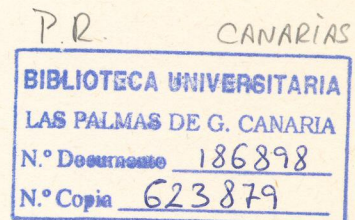
Depósito Legal G. C., 199-77

Tomás Morales, 15 - Las Palmas de Gran Canaria

DLG 7952
(2 ejemplares)

JOSE CABALLERO MILLARES

CUADROS DE UNA EXPOSICION



LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1977

EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

Correcto, noble y legalmente inútil,
llenos mis sueños de élitros rebeldes,
mi sombra al sol brutal de la esperanza
y un pasaporte para todo el mundo
excepto, ya sabéis, Rusia y países satélites,
aterricé mi alma y su peso
dejando atrás años-luz de incienso,
campanas y bienaventuranzas.

—¿Algo que declarar, *Monsieur*?

—Cigarrillos, una botella de
whisky, el libro de misa y el
álbum completo de los reyes
godos, respondí sacudiéndome
el polvillo de las nubes.

En un instante sentí pasar, por mis venas,
todo un cortejo de fantasmas grises,
toda una historia de raíces rotas.
Y el miedo hizo que me temblara hasta el aliento.
Pero el espíritu de París se cernía refrescante
sobre la superficie del Sena,
cinta transportadora
de todas las explosiones de la vida.

—Y dígame, *Monsieur*, ¿Cuál es
el motivo de su visita a Francia?

—Vengo en busca del tiempo perdido,
Monsieur.

LA CITA

Subo y bajo cinco veces
los escalones
que separan
la plaza del coliseo.

En mi mano el *Daily Telegraph*
que agito como una bandera.
Entre visones, plumas
y diamantes
se va deslizando un mundo
que se ajusta a un esquema
de paisaje y atmósfera
conocidos y triunfantes.

La realidad prodigiosa se llama Michèle,
y es joven,
y es francesa.

Explicar Wagner,
por muy especialista que se sea,
no es tarea fácil,
y me importa un bledo—*mademoiselle*—
que Wagner fuese nazi
o Hitler wagneriano.

Junto a una columna de mármol rojo
mi mano roza su cuerpo.
Ojos y labios apuntan una sonrisa
que yo respiro anhelante.

Ella habla en historia
y en futuro,
y ya va
por la decepción de la democracia
y la revolución cotidiana.

La *rue* de Rivoli.
Bajo los arcos.
París en la noche:
 luces,
perfume, la magia de la ciudad.

Yo hablo en prehistoria,
pienso en anacrónico romanticismo,
y actúo en las cruzadas,
y no me aclaro.

En las Tullerías, bajo los árboles,
bajo las estatuas,
se va rompiendo el equilibrio
de mi cuerpo
y un reino que no es de este mundo
se me revela violentamente.

Los nibelungos son el pueblo.
Sus herramientas son altavoces
que profanan héroes, walkirias,
palacios y catacumbas
mientras construyen el milagro
del crepúsculo de los dioses.

La noche es roja y el frío enamora.
Ella pronuncia palabras que,
al caer al río,
llegan en ondas hasta la otra orilla.

Yo me arrojo feliz en las estrellas
que en la lluvia voy pisando.

Así comenzó en Pigalle
el cuento del enanito
y las tres blancanieves.

DOCE DE ABRIL

Aquella mañana todo era igual
en el viejo mercado
de Les Halles:
los puestos de venta,
los bares,
las aceras llenas de prostitutas,
las inscripciones murales,
la vieja casa de Molière,
la sopa de cebolla,
los trasnochadores de frac,
la silueta al fondo
de la iglesia de San Eustaquio...

Cuando de pronto se alzaron voces
que paralizaron por un instante
toda la actividad
del escenario callejero.

En letras rojas
l'Humanité comunicaba a Francia
un nuevo triunfo
del socialismo:
12 de abril de 1961,
Youri Gagarin
conquistaba el cosmos para el hombre.

Por primera vez mis manos
tocaban un periódico comunista.

Sentí como un soplo violento en la nuca.
Volví la cabeza... Nadie.
“Vaya—me dije—, seguramente otro aletazo desesperado
de mi ángel de la guarda.”

LA TORRE EIFFEL

—*Viens, ma petite fille,*
que te voy a enseñar
la torre Eiffel.

Se ríe.
Es natural.

Pero yo hablo en serio.
Se trata de mi pequeño secreto.

En un abrir y cerrar de ojos
llegamos al Sena.
Allí estaba, minúscula
—“¿no te lo dije?”—,
la torre Eiffel.

El gigantesco pisapapeles
era en la corriente
una lagartija asustadiza
corriendo entre temblores
de cristal,
una bailarina de Degas
o un paraíso de Renoir
visto a través de una persiana,
un espejismo,
un esqueleto,
un mapa de Francia,
un guernica
retorciéndose de asombro,
de ruina y de sangre.

VISITANTES

Acompañados por De Gaulle,
primero Kennedy
después Kruschev.

Al ruso los húngaros
en los bulevares
“asesino” le gritaron.
Al yanqui
en los Campos Elíseos
los franceses lo aclamaron.

—¿Cómo?—preguntó De Gaulle
en voz baja
al guardaespaldas más cercano—.
¿Es que no hay nadie
que insulte al norteamericano?
—No, *mon général*...
Están todos luchando en Vietnam.

ESPAÑA ES NOTICIA

España es noticia.
Un pañuelo grande que se extiende.
Asombro que da sombra
y que a todos nos alcanza.

Grimau: parcela nueva
de tierra blanda.

Nos escondemos en un concierto
—dirige Von Karajan—,
en un museo
—abre Bernard Buffet—,
disimulamos por el Barrio Latino
echando más latín a las manos
y a la entrepiera...
Pero el huracán
de los Pirineos
nos sopla
bien encima.

España es noticia.
Nos arrojan una sangre
que avanza como mar de lava,
y no hay bulevares
ni Campos Elíseos que valgan.
España
(la madre que nos parió),
es otra vez noticia.

CLOCHARDS

—Me apunto a tu miseria, señor,
¿qué tengo que hacer?

—Abandona todo lo que tengas:
casa, familia, riquezas,
y sígueme.
Para pasar las noches de invierno
cualquier boca de estación
es buena.
Aquí cerca tienes, por ejemplo,
la de *George Cinq.*
En verano lo más saludable
es un puente del Sena.
Te recomiendo el del zar Alejandro.

—Practicamos la eucaristía,
ya sabes, pan, vino y una lata de sardinas
de vez en cuando.
Nuestra ropa es la etiqueta
de los pobres del mundo:
pantalones, camisa a cubos
y muchas estrellas por sombrero.

—Leemos a Françoise Sagan
y a Albertine Sarrazin;
los editoriales del Figaro
y las cotizaciones de bolsa
en el Financiero.

—Y cuando una linterna,

en nombre de la República,
nos escupe su luz en la retina,
nos preparamos para el silencio,
ese silencio que corta
como el filo de la guillotina.

VAN GOGH

—Tome usted, para que lo guarde de recuerdo.

En un sobre la oreja limpia de
Van Gogh.

Habitación en Arles.

Afuera:
el sol del Midi francés.
Gente sencilla en las pupilas
del antiguo predicador de mineros,
campos rizados de trigo,
rotundos cipreses,
retorcidos olivos,
girasoles.

Van Gogh,
holandés errante,
encuentra la expresión,
las gamas claras
y el arte de los tonos
en una pequeña parte de su cuerpo.

Más tarde—prácticas en un manicomio—
su mejor cuadro,
su mejor pintura de fresco colorido,
su mejor pincelada, ondulante,
frenética.

Sonó un grito: “La miseria no terminará nunca”.

¡Qué locura de colores inmortales
en el pecho de Van Gogh!

MONTPARNASSE

En Montparnasse y su vieja
fachada bohemia
resucita mi vida
entre un Renoir y un Matisse,
entre un Víctor Hugo
y un Baudelaire,
entre una Dama de las Camelias
y una Carlota Corday.

¿Qué será de mí cuando
me extravíe de nuevo entre
los muros de mi isla?
Porque de ahora en adelante
sólo dependeré de este aire
que hoy respiro acompañado.

SOLEDAD

Quasimodo sigue solo,
suspirando, gimiendo.
Desde una de las torres
de Notre Dame,
abrazado a una gárgola,
ve a Esmeralda la cingara
posando para los turistas
norteamericanos.
Cargado de lágrimas,
el jorobado mira a través
de la baraúnda de siglos
del museo del Louvre
y en un santificado arrebatado
le pone el brazo izquierdo
a la Venus de Milo,
se lo levanta y, de un golpe,
le cierra el puño.



MIGUEL HERNANDEZ

Ahí viene Miguel Hernández
y trae una bandera en la mano.
Hoy saluda con su puño cerrado
al mundo entero que lo saluda.

Me dieron su nombre y sus señas
en mi pequeña tierra redonda.
Recuerdo que saltó clandestino,
con su mono azul,
de la boca de un amigo.
Más tarde lo iba a encontrar de nuevo
en los librereros del Sena,
algo oculto y solitario,
tapado por libros y mapas
y algunas revistas obscenas.
Fui hasta el Havre con su *Viento del Pueblo*
y toda Normandía se puso a oler a trinchera.
Llegué hasta Marsella con su *Rayo que no cesa*
y todo el mediodía de Francia
pareció latir en la frontera.
Muere un poeta y la creación se siente.
Murió Miguel y su muerte
todavía es cuadro
colgado en todas las paredes.
No se cura uno tan fácil
de los versos de Miguel Hernández:
son como un *empujón brutal*
que nos derriba, que nos hiere
y lastima, que nos enciende un fuego
que nos tiene ya para toda la vida.

REMEMBER

(Intermezzo Británico)

A mi amigo Nicholas Paleocrassas

París, en la primavera
del año mil novecientos
sesenta y...

La car-
ta,
como siempre
buen jine-
te del aire,
tro-
tando en
tin-
ta de
tris-
teza me
trajo la no-
ticia de
tu muer-
te.

—“Mi hermano Nicholas lo nombraba a todas horas;
el amor que sentía por su amigo canario era
entrañable, por eso quiero que usted sepa...”

Y así fue cómo supe,
inolvidable compañero,
de tu caída colosal,
cómo en un hospital de Atenas
se había hecho pedazos
la cerámica de tus ojos,
el bronce de tu frente
y el mármol de tu pedestal.



Algún día,
ahora que he perdido
el aire de tantas tierras
que me traían tus cartas,
iré a ver si palpita
—ya que no fue tu muerte por el rayo—
una serpiente enroscada
en el montículo de tu sepultura.
Preguntaré qué fue
lo que te hizo correr
el último relevo,
qué fue lo que a remo y vela
te hizo caer junto a la entrada
de la vida. Sabré, por fin,
quién te arrancó la antorcha de las manos.

Con un vocabulario elemental
—*remember?*—
me contabas tus viajes a Oceanía.
Reveladores y apasionantes
eran los relatos de prostíbulos
en los puertos sudamericanos.
El Mediterráneo lo conocías
como la palma de tu mano
y los mares del Norte,
con sus flotantes témpanos de hielo,
los llegué a ver a la luz
de tu Grecia milenaria.

Y, sin embargo, estabas harto de tanto piélago.
Tengo en alguna parte tu ecuación impresa:
MAR + MAR X MAR = ...
y tu amor por las ciencias:
—“Si yo fuera inventor,
produciría putas en conserva
especiales para hombres
de alta mar.”

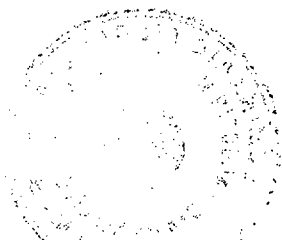
Elena, —*remember?*—
Elena de Troya—así la llamábamos—
y otra doliente sagitaria...
¿Cuál era su nombre?
Dos auténticas victorias aladas
de tu mitológica patria
que apostaste vendrían al colegio
a acostarse con nosotros.
—“No tengas miedo—decías—
no nos cogerán”.
Pero yo no temía las iras
de un posible dios Marte
made in England,
era más bien el altar de Venus
el que me hacía temblar.
Días después,
—*remember?*—
tomábamos el tren para Londres:
coronaban en Westminster
a la reina Isabel.
Los ejércitos en Picadilly
nos sirvieron en mantel de lluvia
un desfile de aire, mar y tierra;
la policía montada del Canadá,
con sus uniformes de celuloide,
un viejo zafarrancho americano;
la reina de Tongo,
con su blanca sonrisa,
un resplandor de su miseria;
Churchill, con su cara redonda
y chistera, los “humos”
y la V de su victoria.
Luego, —*remember?*—
por los suburbios londinenses
me llevaste en rápido abordaje
a conocer las famosas
islas helénicas.

Nicholas Paleocrassas,
fuiste como un punto de luz,
laborioso obrero
en las tinieblas de mis ojos
y en mi horizonte pusiste
nuevos focos de altura
que iluminaron mi camino.

En
Bexhill-on-sea, *remember?*
(¡han pasado tantos años!),
tu empeño en echar anclas en mi pecho,
en poner nuevas brisas, nuevo asfalto
en mi alma solamente
enamorada.

Desde un principio
—cómo te odié a veces
con mi pequeña alma mezquina
y reaccionaria—
intentaste arrancarme
el trozo de sotana
que, como el parche de los piratas,
me tapaba no uno
sino los dos ojos de la cara.

Y ahora, desde tu casa de Atenas,
la noticia de tus ojos sin poesía,
de tu lenguaje sin canto,
de tu risa sin hojas,
de tu mano de auriga sin gobierno.
Dime ahora, amigo mío,
por los siete sabios de tu patria,
la ira de qué dios
tenías que aplacar
para poder seguir la travesía,
a la demanda de qué oráculo
se debía
el que tan pronto tuvieras
que naufragar.



París, en la primavera
del año mil novecientos
sesenta y...

La car-
ta,
como siempre
buen jine-
te del aire,
tro-
tando en
tin-
ta de
tris-
teza me
trajo la no-
ticia de
tu muer-
te.



Y EL ORO DE SUS CUERPOS

Y el oro de sus cuerpos...
Navegable
placidez en los hilos invisibles
del placer,
profundidades de umbría
fresca selva
y el trasfondo vegetal
del oro virgen de sus cuerpos.

Un himno sensual:
el deseo de embriagador ataque,
la transpiración envolvente,
el arrebató, el calor
—mucho calor—
y un Pacífico que se desborda
por el oro de sus cuerpos.

La yerba exhala lluvia,
las axilas vapor sedoso,
corre un aire de metal,
olor a muslo, pecho y sexo;
rima, ritmo y copla
en el oro de sus cuerpos.

Los ritos abominables,
el virtuoso incesto,
la religión, las guerras,
el origen de la vida,
el movimiento de la tierra,

los cuatro jinetes del Apocalipsis,
el sacrilegio divino,
toda la historia del hombre
en el oro de sus cuerpos.

PARSIFAL EN EL SENA

Pongo por testigo a la Madeleine,
a Notre Dame
y a la Sainte-Chapelle.

Yo, el ingenuo e inocente
Parsifal,
acusado de alta pureza,
me encuentro ante un cuerpo
que reclama compañía,
ternura
y caricias.

La ninfa del río enciende para mí
su luz más íntima,
pétalo a pétalo
su flor de las delicias.

Mis dedos se detienen deslumbrados
mientras resumen su gratitud.

En algún punto lejano
París se ríe en una desbandada de palomas.

EN EL PARQUE DE LOS PRINCIPES

Los 4 puntos cardinales
del
Parque de los Príncipes
rugieron y temblaron de rabia
cuando sonaron las notas
del himno español.

Más tarde...

¿Qué pasó?
¿Reconciliación? ¿Olvido?
¿El odio recóndito a los franceses
y a sus campos de concentración?
No lo sé,
pero lo cierto es
que la España republicana
empezó a aplaudir
las jugadas
de la España de Kubala.

JUAN RAMON JIMENEZ

Admiróse un español
que todos los niños en Francia
desde su más tierna infancia
leyeran a Juan Ramón.

Recuerdo que un día
en el colegio
—tras Benavente, Echegaray
y los Quintero—
lo nombraron
y sanseacabó.
Porque el exilio
—decían—
tiene olor impregnado
de pies que anduvieron
espinosas alfombras
populares,
deja una huella de pájaro
que tarde o temprano
reclama su nido verdadero.
Pero su *Platero*, y yo,
pasamos largas horas de verano
jugando a arrancar raíces
de ardientes corazones
de invierno.
También contábamos las gotas
que resbalaban y hacían surcos
por muslos y pantorrillas
de miles de enamoradas

en los jardines de Luxemburgo.
Eran los primeros años 60
y la esperanza se iba elaborando
por las sabias,
alegres y amigas calles
del Barrio Latino.

LOS MISERABLES

La llama
fue ultrajada una noche
de invierno crudísimo.
El escándalo vistió a los periódicos
hasta las solapas
de las primeras páginas.
Los miserables
querían calentar
un poco de café
al fuego perpetuo de la tumba
del soldado desconocido.
—*Sacrilège!*—gritaron las ciudadanas porteras—.
—*Incroyable!*—musitaron en la cámara
los diputados—.
—*C'est magnifique!*—entonaron
duendecillos anarquistas
ordeñando los surtidores de mármol
de la anguiliforme marsellesa.

ANUNCIO

Pongo un anuncio en el Fígaro:
"Se busca habitación etc."

Pero...

Mala fama la de España.

Elemental.

Muchos años de exilio
todavía nos contemplan.

Diré que soy canario...

París bien vale

un origen africano.

CHAGALL

¡Qué lástima que Chagall
no te echara la vista encima!

Seguro que te hubiera inmortalizado
con cabeza de pez, de gallo,
de vaca o de payaso.

¡Quién sabe si te hubiera aprisionado
dentro de un estanque
de peces rojos
o como ángel en picado
blandiendo la cruz del cruzado.

Si. Qué lástima que Chagall
no viniera a España.

MAYO 1968

*(Bourgeois, vous n'avez rien
compris.)*

Llevar flores en el pelo,
leer a Baudelaire,
estudiar en la Sorbona,
cantar la Internacional
en la Madeleine,
poetizar en las paredes,
purificarse en las fuentes
de la Concorde,
dormir con Michèle,
Chantal y Simone,
hacer la paz,
pedir justicia,
prohibir la prohibición,
crear y creer en la alegría,
tener libros, cuadros
y esculturas,
abrazar en el Louvre
a la Venus de Milo,
andar bajo el sol
rompiendo versallescas geometrías,
levantar adoquines
para clavar las frenéticas banderas
de la imaginación,
acabar con el racismo,
la corbata,
la hipocresía
y el bonapartismo
de De Gaulle,
poder reír y tener

belleza, mucha belleza,
y amor, mucho amor...

París, mayo del sesenta y ocho.

PLANAS DE POESIA

INDICE

	<u>Págs.</u>
En busca del tiempo perdido	5
La cita	6
Toulouse-Lautrec	8
Doce de abril	10
La torre Eiffel	12
Visitantes	13
España es noticia	14
Clochards	15
Van Goch	17
Montparnasse	18
Soledad	19
Miguel Hernández	20
Remember	21
Y el oro de sus cuerpos	26
Parsifal en el Sena	28
En el Parque de los Príncipes	29
Juan Ramón Jiménez	30
Los miserables	32
Anuncio	33
Chagall	34
Mayo 1968	35



Cuadros de una Exposición,
de José Caballero Millares, que consta
de 1.000 ejemplares, se terminó
de imprimir el 25 de febrero de 1977
en la Tipografía Lezcano
Las Palmas de Gran Canaria

Es propiedad del autor

Planas publicadas:

RITMOS ALUCINANTES
José María Millares Sall

UNAS COSAS Y OTRAS
Carlos Pinto Grote
(Ilustra: Tony Gallardo)

FUNCION AL AIRE LIBRE
Agustín Millares Sall
(Ilustra: Gastejón)

LAS MORADAS TERRESTRES
Pino Betancor
(Ilustra: Susana Millares)

CRUCIFIXION
Federico García Lorca

CUADROS DE UNA EXPOSICION
José Caballero Millares

ULPGC.Biblioteca Universitaria



623879

BIG 860-1 CAB cua

